

DIRECCION, LEANDRO VALLE, 15.
ADMINISTRACION, LEANDRO VALLE, 12.

SUMARIO

TEXTO:—*La frivolidad*, por Juan Tomás Salvany.—*La Sevillana* (conclusion), por Antonia Díaz de Lamarque.—*El sueño de un artista*, (conclusion), por José María Dalmau.—*Entre ruinas*, por Juan de D. Peza.—*Semblanzas femeninas*.—II. *Las dos Lucrecias*, por Antonio de P. Moreno.—*La flor y la ilusion*, por Concepcion M. Godino y Osorio.—*La escalera*, por Fernando Martínez Pedroso.—*Crónica española escrita para EL ALBUM DE LA MUJER*, por un Madrileño.—*Tres Amigas* (continuacion). Novela original de Julia Asensi.—*Revista de modas*, por Joaquina Balmaseda.—*Explicacion de las ilustraciones*, por X.—Anuncios.

ILUSTRACIONES:—Lucrecia, Esposa de Tarquino Colatino.—El santo de la abuelita.—Lic. José Bibiano Beltran.

LA FRIVOLIDAD.

No sabemos si en México existirá la cualidad de lo frívolo; ántes nos inclinamos á creer todo lo contrario, porque cosa tan vana y baladí difícilmente puede haber intentado atravesar los mares, sin quedar disuelta en las salobres ondas, ó evaporada en la inmensidad de los espacios. Nos figuramos, pues, á las mexicanas, amén de encantadoras, serias, reflexivas, juiciosas, amigas de lo justo y lo elevado, orgullo del hombre, regocijo honesto del hogar, flor de los paseos y gala viviente de los salones.

Por desgracia, igual concepto no es aplicable á todas las españolas, y tampoco lo han merecido todavía muchas madrileñas, por más que bajo otros mil puntos de vista, brillen éstas como astros de primera magnitud en el cielo social que nos envuelve.

Triste es confesarlo, sí, pero en España, y sobre todo en Madrid, su capital, el limbo de la frivolidad está pidiendo un redentor; y si este redentor viniera y tal suplicio se estilara, las mujeres lo crucificarían como los hebreos al Hijo de María.

Y no se crea que á humo de pajas hemos trazado la palabra *limbo*, porque si bien á ellas se les figura otra cosa muy diversa, en nuestro sentir, las personas frívolas, de superficial entendimiento y voluble corazón, no tienen pena ni gloria; nacen y mueren sin haber tomado activa parte en los verdaderos dolores y placeres de la vida, lo cual equivale á decir que en calidad de entes racionales y sensibles, no han vivido. ¿Puede llamarse placer, ni dolor, el que proporcionan un lazo, una joya, un chisme y un vestido? Pues tales son á lo sumo los dolores y los placeres á la frivolidad debidos.

El mundo, no lo dudeis, á vueltas de muchas amarguras, nos ofrece mil goces inefables: el amor de hijo y de madre, de novio y de esposa, los desinteresados afectos de la amistad, la reflexiva contemplación de la naturaleza, los arranques generosos de la caridad, el arte y la ciencia, la literatura y los viajes, son otras tantas fuen-

tes inagotables de placeres tan nobles como provechosos que transfiguran á la criatura en genio ó ángel, y la tierra en paraíso. A los frívolos les está vedado beber en esas fuentes, porque para verificarlo se necesita de cierta cultura intelectual, de cierta delicadeza de sentimientos y de cierta elevación de espíritu, que aquellos no poseen. Para los seres de tal índole no existen afectos íntimos ni profundos, porque su movediza imaginación es incapaz de fijarse largo tiempo en una idea; su ligerísima mirada no ve sino la superficie de las cosas, lo que relumbra y no lo que conmueve ó lo que enseña, lo accesorio y no lo principal. Para los seres de tal índole existen el egoísmo y la envidia ántes que la generosidad y la ternura, incapacitados como se hallan para sentir nada grande y nada bello. Acompañados á presenciar la representación de un drama sublime, y si fijan un momento su atención en el escenario, después de fijarla en sus vecinos de palco ó de butaca, saldrán del teatro abominando el drama, so pretexto de que sobrados disgustos tienen en la vida real para ir á llorar los de la vida imaginaria; leedles una página de historia, y bostezarán; habladles de las maravillas de la ciencia, y ellos os hablarán del sastre ó la modista; invítadles á contemplar una melancólica puesta de sol, y os advertirán que os preservéis contra el catarro y la humedad; colocadlos enfrente de una obra de arte, y dejarán cger sobre ella una mirada distraída ó le atribuirán mil defectos insensatos. Nosotros oímos á una dama combatir la belleza incóntestable de la Venus de Milo, diciendo que la encontraba remilgada. Mujeres hay en su frivolidad tan envidiosas que llegan hasta el increíble punto de aborrecer á las estatuas. Las maravillas y enseñanzas del arte y de la ciencia, de la naturaleza y de la historia, son á las almas frívolas lo que un poema de Homero á los ojos y la inteligencia de un recién nacido. Las almas frívolas no se desarrollan ni alcanzan madurez; la frivolidad es la infancia con las malas pasiones de la pubertad y las despóticas exigencias de la ambición; este estado anómalo engendra un desequilibrio tal, que dificulta en extremo el trato entre un individuo frívolo y otro que no lo sea: si éste busca en aquel al hombre, se encuentra con el niño; y cuando al niño habla, le responde el hombre con sus intemperancias y susceptibilidades. ¿Qué hacer en semejante caso? Declararlos incompatibles. Por algo existe el refrán: *Dios los cria y ellos se juntan*.

La frivolidad, patrimonio si no exclusivo, muy propio de la mujer, toma diferentes aspectos según la alcurnia y la educación, las inclinaciones y los sentimientos de la persona frívola. En las damas aristocráticas, por ejemplo, aparece muy soportable; y en momentos determinados, como cuando se trata de un ameno pasatiempo, en el teatro, en el paseo, en la visita, y el salón, gracias á la exqui-